

El hombre de tiza

El cine Lux estaba en una calle oscura, casi escondido por las ramas de los árboles. La sala pertenecía a una escuela parroquial, y se usaba para actos escolares, pero los sábados a la noche daban dos películas de terror. Las funciones empezaban a las nueve y terminaban a la una de la mañana. Los espectadores nunca éramos más de diez, incluido el acomodador. Con Isabel y Fernando, mis amigos, asistíamos a todas las funciones, y luego emprendíamos temblando el camino de regreso.

Teníamos doce años, y a esa edad se aprende una cosa muy importante: el cine es solo la mitad de la película. La otra mitad es conversar. En el camino hablábamos de monstruos. Hablábamos de Igor y del resto del personal doméstico que suele atender en castillos, laboratorios y mazmorras. Hablábamos del miedo.

Una noche, frente a la puerta de su casa, Isabel nos preguntó:

—¿Qué es lo que les da más miedo?

No recuerdo qué dijimos. Tal vez *Cuentos de ultratumba* o *La noche de los muertos vivientes*, pero ella interrumpió:

—No hablo de películas. Hablo del miedo de verdad.

Para animarnos a hablar dijo:

—Punto uno: prohibido reírse cuando los otros cuenten sus miedos. Punto dos: no valen libros ni programas de televisión. Punto tres: lo que más me asusta son los ruidos de una casa vecina, todas las noches, como si afilaran cuchillos.

Isabel me miró con insistencia, y al cabo dije:

—A mí me dan miedo los perros.

—¿Cuáles perros? ¿Los Doberman?

—Todos. No tengo preferencias.

—¿Incluidos los chihuahuas? —preguntó Fernando.

—Incluidos los chihuahuas.

A pesar del punto uno, se rieron. Fernando quiso cambiar de tema, pero al final dijo:

—A mí lo que me da más miedo es el hombre de tiza.

Nunca habíamos oído nada semejante.

—No valen películas —recordó Isabel.

—No es una película.

—¿Qué es?

El dedo de Fernando trazó una figura en el aire.

—Es un dibujo en un pizarrón.

Era muy tarde y estábamos hablando en voz alta. Alguien nos chistó desde una ventana, e Isabel entró rápido en su casa.

El fin de semana siguiente la función se suspendió por un corte de luz (en esa época eran muy frecuentes) y nos volvimos a ver recién a los quince días. Como los

tres íbamos a colegios distintos, solo teníamos el cine como lugar de encuentro.

Después de la película a Fernando le tocó explicar qué era el hombre de tiza:

—Voy a una escuela que está a la vuelta de casa. Es muy grande, ocupa casi la mitad de la manzana. Un lunes de abril, cuando la maestra entró en el aula descubrió un dibujo en el pizarrón. Era una figura humana, una silueta. No estaba bien dibujado. Tenía ojos grandes, unas orejas puntiagudas, pero nada fuera de lo normal. Los ojos miraban fijos, sin vida. Y las manos tenían solo tres dedos cada una.

—¿Te da miedo un dibujo? —pregunté—. Un dibujo se puede borrar. Los perros no.

—El problema no es que yo le tenga miedo. El problema es que todo el mundo le tiene miedo. La maestra quiso borrarlo, y no pudo. El trazo era de tiza, pero no se podía borrar, como si le hubieran pasado una mano de barniz. Trató de dar clase como todos los días, pero el dibujo la distraía, la desanimaba. Al segundo día la maestra se enfermó y no volvió en una semana. Nos mandaron una suplente. La directora ordenó cambiar el pizarrón por otro.

—¿Y qué pasó con el hombre de tiza?

—El portero de la escuela trató de lijar la superficie, para que el pizarrón se pudiera volver a usar. Se lo llevó al patio, y trabajó durante toda la mañana, sin poder borrar la figura. Empezaban los primeros fríos, y el hombre se enfermó. Estuvo diez días sin venir. La directora se dio por vencida e hizo llevar el pizarrón a la biblioteca. Todavía está allí. Le pusieron una sábana

encima, para que nadie lo vea. Desde que está ahí nadie entra a la biblioteca.

—¿Y por qué no lo tiran?

—Es una escuela pública, hay que hacer trámites antes de tirar un pizarrón nuevo a la basura.

Nos miró.

—A eso le tengo miedo yo. Y veo por sus caras que ustedes también.

—Nos asustó porque es de noche —dijo Isabel—. Pero si fuera de día, no nos asustaría nada.

—Además no hay nada que no se pueda borrar —intervine.

—Si no me creen, vengan a verlo ustedes mismos.

—Sabés que no podemos hacer eso —dijo Isabel—. No somos alumnos de tu colegio.

—Desde el patio de mi casa se puede saltar al patio del colegio. Yo lo hice tres veces. ¿Qué? ¿No se animan?

En vez de ir al cine el sábado siguiente fuimos a la casa de Fernando. Vivía solo con el padre, que trabajaba en un restaurante hasta tarde. A mí no me interesaba ningún dibujo en ningún pizarrón, lo único que me importaba era que Fernando no quedara como el único valiente frente a Isabel.

Trepamos una pared baja y saltamos al patio de la escuela; por una pequeña ventana entramos en un cuarto donde había escobillones y escobas. Empuñando la linterna, Fernando nos guio por los pasillos de baldosas negras y blancas. Entramos en la biblioteca. Había paquetes con libros atados en el piso, un par de pupitres rotos, mapas enrollados. Apoyado en el suelo, estaba el pizarrón, grande, cubierto con una sábana.

—Acá está —dijo Fernando.

Arrancó la sábana e iluminó con la linterna la superficie negra. Yo no llegué a ver nada, pero Fernando dio tal grito que eché a correr hacia la salida, y estuve a punto de perderme en los pasillos en penumbras. Es así la vida de un varón; una larga preparación para recibir el título de héroe, y en un segundo todo lo echamos a perder.

No hablamos hasta estar de nuevo en la casa de Fernando.

—Nos asustaste en serio con tu grito —le dijo Isabel—. No se hacen esas bromas. En el pizarrón no había nada.

Bastó mirar los ojos de Fernando para ver que no nos había hecho ninguna broma.

—El pizarrón estaba vacío —dijo.

—¿Y?

—El hombre de tiza se escapó.

Retomamos las idas al cine, pero Fernando siempre terminaba hablando del hombre de tiza.

—Siento que a veces está ahí. Que cuando salgo de mi cuarto, mira mis cosas, mi ropa, mis zapatos. El otro día encontré una huella de tiza en la tapa de un libro.

Isabel trató de tranquilizarlo:

—Muchas veces sin darnos cuenta nos apoyamos en el pizarrón. Todos terminamos manchados de tiza.

—No, son las huellas que deja él. En los discos, en los zapatos, dentro de los cajones, aunque estén cerrados con llave.